

J. N. Mohanty, *Edmund Husserl's Theory of Meaning*, Martinus Nijhoff, The Hague, 1964, 148 pp.

Hace mucho que se sentía la necesidad de poner en relación la doctrina de Husserl sobre el significado, con los desarrollos posteriores de la filosofía semántica de lengua inglesa. El retraso en realizar esta tarea se explica, en parte, por el desarrollo de la fenomenología posterior a Husserl. Mientras las *Investigaciones Lógicas* se ocupaban de problemas cercanos a los que fueron debatidos por el positivismo lógico y por la filosofía analítica, la fenomenología alemana y francesa —ligada a la filosofía de los valores y al existencialismo— dejó caer en olvido los análisis lógicos con que se inició la obra de Husserl y mostró mayor interés por los problemas ontológicos. Para restablecer un terreno común de discusión, era menester un autor que, sin pertenecer a una escuela filosófica determinada, tuviera amplia información de una y otra corriente. Ambas condiciones se cumplen en Mohanty.

El libro no pretende ser una exposición completa de la teoría de la significación en Husserl, sino sólo de sus puntos relevantes a una investigación actual. Los dos primeros capítulos exponen con sencillez y claridad la teoría de la expresión de las *Investigaciones Lógicas*. El rechazo del psicologismo y de la explicación del significado por la imagen, parecen acercar a Husserl al operacionalismo. Las diferencias se centran, en cambio, en la relación sentido-referencia. Mohanty tiene el acierto de conectar este problema con la teoría de las descripciones de Russell y la réplica a ésta de Strawson, e intenta ver cuál sería la respuesta de Husserl al mismo problema. Dos factores determinarían la referencia de una expresión, según Husserl: “La referencia de una expresión está parcialmente determinada por su sentido” y parcialmente por el *uso* de la expresión. En apoyo de esta segunda idea, el autor cita una frase de la Primera Investigación: “Usar (*gebrauchen*) una expresión con sentido y referirse a un objeto es lo mismo” (p. 19). La referencia, concluye Mohanty, sería función del uso de una expresión y no sólo de su sentido; de modo que permanecería indefinida mientras no consideráramos la circunstancia en que se aplica. Habría así una analogía entre la posición de Husserl y la de Strawson. Con todo, el paralelo no podría llevarse hasta el fin, pues en Husserl las expresiones en cuanto tales tienen ya una referencia; por lo tanto, una descripción como “el actual rey de Francia...”, por el mero hecho de tener sentido, tendría también referencia. Esto parecería conducir, igual que en Meinong, a la admisión de entidades ficticias como términos de referencia. Sin em-

bargo no hay tal, piensa Mohanty: en Husserl se trata de una referencia meramente intencional que, por ser incapaz de cumplimiento, no entraña la existencia del objeto. Por otra parte, la doctrina de Husserl explicaría la dificultad a la que debe enfrentarse la de Strawson. Para éste, si una oración es enunciada en circunstancias en que no puede tener referencia, aunque la oración tenga sentido, su uso es "espúreo". Pero, ¿cómo saber que se trata de un "uso espúreo"? La respuesta de Husserl sería: no es espúreo por carecer de referencia, sino porque la referencia intencional es incapaz de cumplirse en una experiencia. Así, la interpretación de Mohanty sobre la teoría de Husserl podría resumirse en tres puntos: 1. El sentido es previo a la referencia y no está en función de ella. 2. La referencia es determinada, por una parte, por el sentido, por la otra, por el uso de la expresión. 3. La referencia intencional sin cumplimiento, explica el "uso espúreo" de una expresión sin referencia real.

Creemos que la interpretación lleva demasiado lejos la analogía con la posición de Strawson. En verdad se trata de dos *modelos* muy diferentes sobre el significado. Husserl se mueve en lo que podríamos llamar un "modelo referencial" del sentido. Significar es fundamentalmente, para él, un "apuntar", un "dirigirse a" un objeto o situación objetiva. La referencia debe entrar en la definición del "contenido" (*Inhalt*) del acto de dar sentido. Este es "lo que le presta a un acto su referencia a un objeto" o "lo que le confiere al acto su determinada referencia objetiva" (*Logische Untersuchungen*, II, I, pp. 427 y 453). La teoría de Wittgenstein-Strawson supone justamente el derrumbe de ese modelo referencial; supone dejar de ver el sentido como dirección hacia un objeto, para tratar de "leerlo" al través de los usos efectivos de una expresión, usos que pueden no ser referenciales. No está claro que Husserl haya pensado que el uso de una expresión tuviera algo que ver con la determinación de su referencia. La única cita que aduce Mohanty está precedida por esta frase, que no transcribe: "En la significación se constituye la referencia al objeto" (*Logische Untersuchungen*, II, I, p. 54). Parece claro que cuando, a continuación, dice Husserl que "usar (*gebrauchen*) una expresión y referirse a un objeto es lo mismo", está empleando "*gebrauchen*" en un sentido amplio, como "proferir" o "expresar". Diría, pues, lo contrario de lo que piensa Mohanty: al enunciar una expresión con sentido ya estamos mencionando su referencia, pues ésta se constituye precisamente en el sentido. Por otra parte, el "objeto" de que habla aquí Husserl es puramente "representado", como indica la continuación de la misma cita; "usar una expresión" no puede, pues, entenderse

en el sentido de aplicarla a una situación real, sino sólo de mencionar (*meinen*) con ella un objeto intencional. Ciertamente que, al tratar de las significaciones ocasionales, la aplicación efectiva de una expresión parece cumplir cierta función referencial. Sin embargo, el "modelo referencial" subsiste: la aplicación de una expresión ocasional determina la significación vaga ("indicadora") convirtiéndola en una significación precisa ("indicada"), la cual le confiere su referencia a un objeto particular. No podemos decir, ni siquiera en este caso, que el uso indique la referencia: es la significación, una vez determinada por el uso, la que indica la referencia. Además, "referencia" quiere decir en Husserl algo distinto que en Frege (y en Strawson). Puesto que la "referencia" de Husserl es siempre "intencional", no puede, por principio, constituirse en las aplicaciones reales de una expresión, sino debe estar presente antes de cualquier aplicación, en el "contenido" mismo del acto de significar.

El tratamiento que Husserl daría a las "descripciones definidas" de Russell probablemente no diferiría del que de hecho da a las descripciones "el vencedor de Iena" y "el vencido de Waterloo" (cfr. *Logische Untersuchungen*, II, I, p. 47). Estas expresiones *nombbran* un objeto; aunque el objeto no exista realmente, tienen sentido y, *por ello*, referencia: "El actual rey de Francia es calvo", en la medida en que presupone la afirmación de existencia del objeto a que se refiere, expresaría una proposición con sentido pero falsa, puesto que su referencia no se cumple. El análisis de Husserl estaría, pues, en este punto, más cerca de Russell que de Strawson (lo cual no es extraño, pues también Russell supone un "modelo referencial" del sentido). Por otra parte, es justa la distinción que traza Mohanty entre Husserl y Meinong. Con todo, subsiste en Husserl el mismo problema, aunque sobre otro aspecto: la necesidad de admitir, en toda expresión con sentido, alguna existencia del objeto referido. La alternativa a la posición de la "subsistencia" de un objeto "en sí" (Meinong) es la noción de "inexistencia intencional". Pero el propio Husserl tuvo muchas dificultades para aclarar esta noción. El objeto intencional no es separable de la intención mental; con todo, no puede ser "ingrediente" de ese acto, puesto que es su término de referencia y el sentido se ha definido justamente en función de ella. La paradoja aparece en el propio Husserl: "El objeto no es, en verdad, inmanente o mental. Pero ciertamente tampoco es algo extramental" (*op. cit.*, II, I, p. 373). La admisión del objeto intencional no parece, pues, resolver —como cree Mohanty— el problema del "uso espúreo" de enunciados cuya referencia no exista realmente. En efecto, cae en una alternativa:

o bien explica la referencia por el acto de dar sentido y, entonces, surge de nuevo el fantasma del psicologismo; o bien tiene que admitir la existencia de una entidad de algún modo trascendente al acto, de muy difícil concepción. Por desgracia, Mohanty no señala estos problemas entrañados en la noción de "intencionalidad".

El capítulo III se inicia con una buena exposición de la teoría de la abstracción y de la relación entre significación e imagen. Mohanty señala con justeza el acuerdo entre las posiciones de Husserl y de Wittgenstein, en la medida en que ambos rechazan la posibilidad de explicar el significado por las imágenes concomitantes. La distinción entre intención significativa y cumplimiento de la significación recibe la importancia que merece. El autor no deja de sugerir la utilidad de esta distinción para despejar algunas dificultades de la teoría verificacionista del significado. La distinción nos lleva a la naturaleza de la *comprensión*. Si el sentido se explica por la *aplicabilidad* de la expresión a situaciones posibles (doctrina atribuida a Wittgenstein), debe conocerse ésta *antes de su aplicación actual*, es decir, debe *comprenderse* la expresión previamente a su aplicación; esto nos obliga, piensa Mohanty, a admitir un acto de comprensión del sentido como *condición previa* de su uso. La captación de la identidad del sentido en varios usos de una expresión exigiría un acto de comprensión común. Este problema obligaría a aceptar dos conceptos de Husserl: la idealidad del sentido, como lo idéntico a los distintos usos de una expresión, y la intención, como el acto de identificación del sentido. Concluye Mohanty: la noción de "intención" es una "evidencia fenomenológica", que se impone como condición de todo comprender. Pero el término "intención" presenta dificultades que no se le ocultan al autor. Su interpretación como un hecho psíquico está descartada, pero tampoco puede tomarse como la "intención imbuída en las situaciones objetivas" y que podría leerse en los usos de una expresión (p. 42). Para remover la interpretación psicologista, Mohanty compara la intención significativa y la relación de cumplimiento con otros procesos obviamente psicológicos; mas no acaba de determinar con precisión por qué esa relación no es un hecho psíquico. Concluye que, aunque "debe liberarse del psicologismo", la "analogía con lo psicológico es inevitable" (p. 52).

En verdad, la única salida que tenía Husserl para evitar una interpretación psicológica del "acto intencional", era la *epojé* y el recurso a la conciencia trascendental. El trascendentalismo era la necesaria consecuencia de un anti-psicologismo que, pese a todo, no renunciaba a las nociones de "acto" e "intención". Es de lamentar que Mohanty omita este paso a la conciencia trascendental, a

costa de dejar sin explicación suficiente la superación del psicologismo. La distinción entre hecho psíquico y acto trascendental hubiera puesto de relieve la dificultad central del concepto de "intención". Para poder explicar la significación debe usarse en un sentido no fáctico; pero, entonces, esa intencionalidad no psíquica debe ser explicada, en último término, por un concepto de naturaleza metafísica: el *ego* trascendental.

La razón de Mohanty para preferir la explicación husserliana a la operacionalista consiste, en síntesis, en la necesidad de admitir el acto de comprensión para mantener una identidad del sentido, previa a cualquier uso de la expresión. Pero el problema podría no estar planteado con suficiente precisión. No se trata, en efecto, de si existen actos de comprensión que deban acompañar al fenómeno de la expresión, sino de si el concepto de "acto intencional" es *explicativo* de la significación. Pretender explicar la "aplicabilidad" de una expresión por el "acto intencional" ¿no es remitirnos, de un término susceptible de esclarecimiento objetivo, a otro oscuro por principio? "Acto intencional" puede mencionar, sin duda, un fenómeno mental: la comprensión del sentido. Pero ¿no es justamente ese fenómeno el que hay que explicar? Por otra parte, su explicación en términos disposicionales es descartada por Mohanty con excesiva premura.

Mohanty rechaza con razón la interpretación simplista del "platonismo" de Husserl como la posición de entidades fantasmales. Ciertamente no señala el paso de Husserl por una primera fase en que hablaba —con Bolzano— de la existencia "en sí" de los sentidos, pero es, sin duda, exacto que desde la segunda edición de las *Investigaciones*, superó ese platonismo ingenuo, al tomar la vía que lo conduciría a considerar los sentidos *constituidos* en la conciencia trascendental. Mohanty no nos introduce en la teoría de la constitución; al no hacerlo, intenta defender la doctrina de Husserl como una forma mitigada de platonismo. Ciertamente el platonismo es inevitable, piensa. Debemos admitir que la identidad del sentido es una noción fundamental que no puede explicarse más que por sí misma. Esto implica admitir su idealidad. Sólo sobre esta base podrían explicarse sinonimia y analiticidad. Esta sería la ventaja de la doctrina husserliana sobre el operacionalismo.

En verdad, en estos puntos la marcha del libro parece un tanto apresurada. No queda claro que la admisión de la identidad del sentido como noción fundamental no conduzca a la hipótesis de los sentidos ideales en entidades existentes "en sí". Aun si concediéramos que Husserl no convierte los sentidos en objetos, el problema subsistiría para el objeto intencional. El propio Husserl

trató de evitar esta dificultad. Por ello, en su *Lógica* ya no considera la identidad del sentido como “noción fundamental, no explicable más que por sí misma”, sino como un *producto* de la “vida operante” (*Leistendes Leben*), explicable por su origen a partir de la experiencia ante-predicativa. Esta es la solución que encuentra Husserl a su inicial platonismo. Pero en esta vía Mohanty no lo sigue.

El siguiente capítulo trata de varios problemas particulares de la teoría del significado. Con acierto señala cómo el tratamiento de las “significaciones ocasionales” y de las expresiones no extensionales constituyen limitaciones a la teoría de la idealidad del significado. Instructiva es también la exposición sobre términos sincalegoremáticos y sobre nombres propios, en la que apunta —sin desarrollar— algunas dificultades.

La exposición de las ideas husserlianas sobre lógica formal contiene observaciones útiles sobre la “gramática lógica pura” y concede merecida importancia a la distinción entre “lógica de la contradicción” y “lógica de la verdad”. Con todo, omite voluntariamente tratar de la “lógica trascendental”. El último capítulo menciona, suscitadamente, el desarrollo de los problemas lógicos en la última etapa de la obra de Husserl, ligados a la idea de la *Lebenswelt*.

El libro de Mohanty cumple, en general, con su propósito: logra reactualizar a Husserl, al enfrentarlo con otras corrientes contemporáneas, y destaca la vigencia de muchas de sus aportaciones para el planteamiento y solución de problemas aún debatidos. Esta reactualización se basa principalmente en las *Investigaciones Lógicas*, más cercanas al planteamiento actual de los problemas lógicos. El peso se carga en el Husserl “analista” y pasa casi inadvertido el “idealista trascendental”. Como era de temerse de un primer intento, sufre de serias limitaciones. A veces se simplifican algo los problemas, otras, el afán de actualizar a Husserl lleva demasiado lejos algunas interpretaciones. Con todo, el mérito mayor del libro es situar el terreno y delimitar los temas en que pueden encontrarse fenomenología y filosofía analítica. Y ésta no es pequeña virtud. Será particularmente apreciada por muchos filósofos de nuestros países, en quienes la nueva influencia de la filosofía analítica se encuentra a menudo con la fuerte huella dejada por la obra de Husserl.

LUIS VILLORO